

bárbaros hubiesen permanecido en sus bosques, habrían continuado aquella forma de gobierno llenando á su modo su objeto, como á nacida que era de la misma necesidad, adaptada á las circunstancias, arraigada con el hábito, sancionada por la antigüedad, y enlazada con todo linage de tradiciones y recuerdos.

Pero eran sobrado débiles estos lazos sociales para que pudiesen ser trasladados sin quebrantarse, y sus formas de gobierno eran como se hecha de ver tan acomodadas al estado de barbarie, y por consiguientes tan circunscritas y limitadas, que mal podían aplicarse á la nueva situación en que casi de repente se encontraron aquellos pueblos.

Figuráos ahora á los bravos hijos de las selvas arrojados sobre el mediodía, como un leon sobre su presa, precedidos de sus feroces caudillos, seguidos del enjambre de sus mugeres é hijos, llevando consigo sus rebaños y sus groseros arreos, destrozando de paso numerosas legiones, saltando trincheras, salvando fosos, escalando baluartes y murallas, talando campiñas, arrasando bosques, incendiando populosas ciudades, arrastrando grandes pelotones de esclavos recogidos en el camino, arrollando cuanto se les opone, y llevando delante de sí numerosas bandadas de fugitivos corriendo pavorosas y azoradas por escapar del hierro y del fuego: figuráoslos un momento despues, engridos con la victoria, ufanos con tantos despojos, encrudecidos con tantos combates, incendios, saqueos y matanzas; trasladados como por encanto á un nuevo clima, bajo otro cielo, nadando en la abundancia, en los placeres, en nuevos goces de todas clases, con una confusa mezcla de idolatría y de cristianismo, de mentira y de verdad, muertos en los combates los principales caudillos, confundidas con el desórden las familias, mezcladas las razas, alterados y perdidos los antiguos hábitos y costumbres, y desparramados por fin los pueblos en países inmensos, en medio de otros pueblos de diversas lenguas, de otras ideas, de distintos usos y costumbres; figuráos si podeis, ese desórden, esa confusion, ese caos; y decidme si no veis quebrantados, hechos mil trozos los lazos que formaban la sociedad de esos pueblos, y si no veis desaparecer de repente la sociedad civilizada con la sociedad bárbara, aniquilarse todo lo antiguo, antes que pudiera reemplazarlo nada de nuevo.

Y entonces si fijais vuestra vista sobre el adusto hijo del alqui-

lon, al sentir que se relajan de repente todos los vínculos que le unian con su sociedad, que se quebrantan todas las trabas que contenian su fiereza, al encontrarse, solo, aislado en posicion tan nueva, tan singular y extraordinaria, conservando un oscuro recuerdo de su país, sin haberse aficionado todavía al recien ocupado, sin respeto á una ley, sin temor á un hombre, sin apego á una costumbre; no le veis arrastrado de su impetuosa ferocidad arrojarle sin freno donde quiera que le conducen sus hábitos de violencia, de vagancia, de pillage y matanzas: y confiado siempre en su nervudo brazo, en su planta ligera, guiados siempre por las inspiraciones de un corazón lleno de brio y de fuego, y por una fantasía exaltada con la vista de tantos, tan nuevos y variados países por los azares de tantos viages y combates, no le veis acometer temerario todas las empresas, rechazar toda sujecion, sacudir todo freno, y saborearse en los peligros de nuevas luchas y aventuras? Y no encontrais aquí el misterioso individualismo, el sentimiento de independencia personal, con toda su realidad filosófica, y con toda su verdad histórica?

Este individualismo brutal, este feroz sentimiento de independencia, que ni podía conciliarse con el bienestar del individuo, ni con su verdadera dignidad; que entrañando un principio de gerra eterna, y de vida errante, debía acarrear necesariamente la degradacion del hombre, y la completa disolucion de la sociedad, tan lejos estaba de encerrar un germen de civilizacion, que antes bien era lo mas á propósito para conducir la Europa al estado salvaje; ahogando en su misma cuna toda sociedad, desvaratando todas las tentativas encaminadas á organizarla, y acabando de aniquilar cuantos restos hubieran quedado de la civilizacion antigua.

Para neutralizar un elemento tan poderoso, para combatirle y enflaquecerle, para obligarle á que se encerrase en estrechos límites, y no ejerciera sobre la sociedad toda su funesta influencia, necesario era oponerle otro elemento regenerador, organizador, y que en nada cediese á su contrario, ni en extension ni en fuerza y consistencia. Era menester que el elemento civilizador se hallara en todas partes, porque todo lo habia invadido la barbarie, que contase con un gran caudal de resistencia, con hondo arraigo, vastas relaciones, para que no alcanzara á disiparle un ímpetu violento, y no se perdieran nunca las esperanzas de su

prevalecimiento y completa victoria, aun en medio de parciales derrotas: y bien se echa de ver que era para este fin una combinacion muy á propósito la union de los medios morales con los físicos, el hallarse la verdad divina, y las llaves del cielo, en unas manos que dispusieran al propio tiempo de grandes riquezas, que no solo sufragasen para el bienestar é independencia; sino que hasta llevasen consigo la facultad de hacer el bien en abundancia, de alcanzar predominio y poderío, y desplegar en el culto y en todos los edificios, magestad y magnificencia. Así se concibe como pudo presentar la Iglesia una resistencia sorda, pero firme, inalterable, universal que fatigaba, debilitaba, quebrantaba aquella bárbara impetuosidad que atacaba sin cesar toda clase de propiedades, que acababa de desmoronar y pulverizar todas las instituciones: así se concibe como el cuerpo de los ministros de la Iglesia se convirtió en una asociacion organizadora y civilizadora, tan vasta como compacta; que trabajaba sin cesar para el logro de su objeto, dirigida en su espíritu por las inspiraciones de su alto ministerio, y estimulada su debilidad humana por el acicate de los intereses propios. Aquellos adustos canonistas, que se asirian de una hebra para tener ocasion de declamar un poquito contra lo que apellidan abusos, codicia, ambicion y otras semejantes lindezas, cuando al recorrer las épocas á que aludó, encuentran á los concilios muy ocupados en la conservacion de los bienes de la Iglesia, y se escandalizan seguramente de miras tan terrenas, notando con desagrado la severidad de algunas medidas, y la repeticion de amonestaciones y prohibiciones con respecto á usurpar las propiedades de la Iglesia, recuerden lo que acabo de observar, noten lo que voy á decir, y entonces serán mejores canonistas porque serán mas filósofos.

El Clero defendia con firmeza, con teson, y hasta con calor sus bienes, es verdad; pero las sociedades reconstruidas sobre las ruinas del Imperio Romano deben quedarle agradecidas para siempre por esa misma resistencia y firmeza; y una sana filosofía jamas encontrará aquí nada de que pueda lamentarse, porque nunca se vieron mas admirablemente enlazados, identificados los intereses de una clase con los grandes intereses de la sociedad, como son, el respecto á las propiedades, el acatamiento á las leyes, la creacion, conservacion y engrandecimiento de instituciones benéficas, la organizacion de un poder público, en una palabra to-

das las semillas y garantías de sosiego, de bienestar, de civilizacion y de cultura.

A no habernos favorecido la Providencia con una combinacion tan feliz, tan benéfica, tan fecunda en grandes resultados, hubiéranse acabado de borrar las huellas de la civilizacion antigua y amalgamados en torpe mezclanza los pueblos bárbaros con otros pueblos afeminados y caducos, extendiendo su tosco y negro velo la mas grosera ignorancia, pululando por todas partes la mas informe supersticion, desarrollándose al propio tiempo la corrupcion mas espantosa, enervados y enflaquecidos tambien con el contagio los adustos invasores, habrian presentado los pueblos de Europa aquella fisonomía innoble y degradada, donde ni se encuentran los sublimes rasgos con que se pinta en la frente del hombre civilizado el desarrollo del pensamiento, ni aquella energia y fiero orgullo que hace menos intolerable la faz adusta, y los groseros modales del hombre bárbaro.

Y cuando algun tiempo después la invasion sarracena vino á amenazar á la independencia de Europa, ¿quién la hubiera resistido? ¿Qué dique hubiera encontrado el engrandecimiento de aquel pueblo, que contaba á la sazón con el ascendiente que le daban su mayor saber y cultura, con los inmensos recursos que le ponía en la mano su vasta dominacion, con el aliento que inspiraba su número, con el engreimiento de una série de victorias, con la emprendedora osadía que le comunicaba el rápido progreso de su grandeza, y con aquella frenética energia con que le animaba su ardiente fanatismo? A buen seguro que no pudiera mantenerse la independencia de Europa en lucha con poder tan colosal; hubiera sucumbido bajo la dominacion de la Media Luna, y el Islamismo triunfante hubiérase quedado tranquilo en España, se habria establecido sin resistencia en Italia, y enseñoreándose de todo el mediodía de Europa, y penetrando en seguida en los países interiores, presentáramos ahora el triste cuadro de pueblos estacionarios, envilecidos y degradados; de esos pueblos que ahora el inteligente, el civilizado, el altanero Europeo contempla con lástima y desprecio, al recorrer las inmensas regiones del Africa y del Asia.

Tan grave era la herida, que habia recibido la sociedad, que ni aun con tan poderosos medios fué posible evitar ni atajar el progreso de la barbarie; y la historia de aquellos tiempos nos ha

conservado el recuerdo de una cadena de desastres, señalándonos una época en que parecieron estinguidas todas las luces; sin embargo, penetrando con ojo observador, en aquel tenebroso caos no se descubre una sociedad que se degrada, que se invilece, que camina á la muerte; nada de esto: lo que se nota sí, es un movimiento, una agitacion, una efervescencia, síntoma de calor y de vida, un desasosiego trabajoso de una sociedad informe que vivificada, fecundizada por algun elemento muy activo y poderoso, se esfuerza por dar á luz otra sociedad con formas regulares, robustas y hermosas: es el caos, pero el caos que ha oído la palabra creadora.

¿Quéreis saber si exagero, si con mi fantasia doy vida á un cadáver? mirad: habia pasado poco tiempo, y la Europa se levantaba como un solo hombre, y se precipitaba sobre la Asia: ¿son estos síntomas de abatimiento ni de muerte? ¿no revelan un gran fondo de vida, de fuerzas, de energía?

## V.

**Y**A se ha podido observar que en todo el curso de este escrito, no he esquivado ninguna de aquellas épocas en que tantos cargos segun se figuran algunos, se pueden amontonar contra el Clero; no he mendigado ningun supuesto que pudiera favorecerle; antes con la historia en la mano he procurado presentar los hechos tales como son en sí, aplicándoles luego el análisis de una filosofía imparcial y sosegada. Insiguiendo en el mismo plan, voy ahora á traer los bienes del Clero á un terreno nuevo, que á algunos les parecerá sin duda deleznable y resvaladizo, pero á decir verdad, no es mucho el miedo que yo tengo, ni de caída ni de tropiezo.

Es tanto lo que se ha trabajado para hacer al Clero odioso á los pueblos, echando mano á este propósito de una declamacion con-

tinua contra sus riquezas, presentándolas como un gérmen de miseria y calamidad, como un vehículo de tenebrosas intrigas y de maquinaciones opresoras, como un arma terrible de depotismo, como un origen de desmedidas y mostrusas desigualdades en las clases, que á muchos preocupados lectores les ha de bastar el solo recuerdo de grandes bienes del Clero, para que le unan luego la idea de opresion, de gravámen, de menoscabo de toda clase de derechos, de monstruos de desigualdades sociales. Esta última consideracion, capaz de inspirar desaliento, porque desaliento inspira el tener que luchar con preocupaciones añejas, no será parte sin embargo á retraerme del empeño de manifestar que los bienes del Clero han contribuido sobre manera á disminuir la desigualdad de clases en la parte que tenia de nociva, á emancipar á las inferiores, allanado el camino para establecer, no una igualdad completa y por lo mismo absurda, pero sí una justa proporcion, un saludable equilibrio. Escúcheme con atencion el lector, y si es instruido, si es filósofo, si es imparcial, abrigo algunas esperanzas de que sean cuales fueren sus opiniones, nos hemos de dar amistosamente la mano.

Antes de entrar de lleno en la materia, será bien aclarar algunas ideas que á la sazón se hallan entre nosotros muy oscurecidas, merced á la negra polvareda en que nos llevan envueltos seis años de combates y disturbios.

Las desigualdades sociales son de necesidad absoluta, como á fundadas en la misma naturaleza del hombre y de la sociedad, y son ademas un beneficio, porque sirven de poderoso resorte en la máquina de gobierno. Bajo uno ú otro nombre, con esta ó aquella forma, con mas ó menos disfraz, las ha habido siempre, y siempre las habrá, no está lejos el escarmiento acontecido en una nacion vecina; quiso llevar el nivel por todas partes, se formó el empeño de igualar todas las clases, se acometió la empresa con una osadía increíble, y al cabo de poco se llegó á un resultado muy sencillo; desaparecieron todas las clases antiguas, solo que se establecieron dos de nuevas y únicas, verdugos y víctimas.

Pero como quiera que en las cosas humanas es muy raro el que se alcance un bien, sin tropezar al propio tiempo en algun mal, sucede con arta frecuencia que el desnivel de las clases lle-  
aá á tal extremo, que ni es conducente para la felicidad pública,